

El error de Damasio.

*Roberto Losada Maestre
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Carlos III de Madrid*

(Borrador, se ruega no citar)

Dioniso ha de lograr que Penteo salga de la ciudad de Tebas para matarlo. Eurípides nos cuenta, en *Las Bacantes*, como lo lleva al monte Citerión, vestido de mujer, donde será descuartizado por las manos desnudas de las Ménades, entre ellas su propia madre. Esta es quien dará comienzo a la macabra tarea arrancándole un brazo. Es una escena sangrienta en el que las adoradoras del dios, abandonadas a un frenesí emocional y privadas del uso de la razón, vengan a Dioniso, ofendido porque Penteo no permitía que se le adorase¹ en la ciudad de Cadmo. Esta truculenta carnicería no es representada en escena, práctica habitual en las tragedias griegas, sino que es relatada por un sirviente, eso sí, con minucioso detalle. No podría, en verdad, representarse porque el escenario muestra el interior de la ciudad de las siete puertas: el lugar mismo donde nació Dioniso al tiempo que su madre fallecía fulminada por el rayo. Dentro de la polis no puede tener lugar semejante atrocidad que escapa a la razón, porque la polis es el espacio de la política, es decir, donde existe el orden racional, donde los hombres libres (y por tanto racionales) practican la política.

La reciente atención que se viene prestando a las emociones daría a entender, sin embargo, que está Penteo obstinado en el error. Las emociones, se afirma desde la neurología, son también racionales o, dicho de otro modo: no es correcto trazar una línea divisoria entre razón y emoción. Con algunas variaciones menores, la idea puede expresarse de la siguiente manera:

1. La supervivencia es el principal objetivo de todo ser vivo, y esta consiste en alcanzar (o mantener) un estado de equilibrio (homeostasis), tanto interior como con el entorno.
2. Esto puede traducirse, para el caso concreto del ser humano, en que será feliz en la medida en que logre dicha homeostasis.
3. Las emociones no son sino la representación en el cerebro del estado del cuerpo a cada momento, es decir, de la medida en que se aleja de o aproxima a la homeostasis y, por ello, son los detonantes de las acciones encaminadas a restaurar el equilibrio perdido.
4. Las emociones, por tanto, son indispensables para alcanzar la felicidad.
5. Puesto que es la felicidad el fin último de la vida (se entiende que es la propia supervivencia del ser), la política ha de ir encaminada a la consecución de ese equilibrio. Por ello, no parece adecuado excluir las emociones de la vida política.

Tal vez sea el neurobiólogo Antonio Damasio quien más se ha esforzado por explicar y justificar esa forma de entender las emociones, alcanzando por ello una gran fama. Lo expone de la siguiente manera en su obra *Loking for Spinoza*:

¹ Penteo no reconoce a Dioniso como a un dios. Es curioso que sea necesaria esta ausencia de reconocimiento, como señala para que pueda el dios manifestarse como tal a través de la venganza, que lleva a la ruina a la familia de Cadmo y a Tebas, la polis. En cierto modo puede entenderse que es el destino que espera a todo aquél que no reconoce la existencia de las emociones en el hombre. No resulta difícil imaginar al público que asistía a la representación de la tragedia verla como advertencia frente a los peligros que supone ignorar la realidad emocional del ser humano, pero también como advertencia frente al peligro que supone dejar que se enseñoree de este. En realidad, puede interpretarse como la necesidad de controlar las emociones (desde luego, no suprimirlas) para mantener el orden. Los ciudadanos podrían sentirse orgullosos ante una representación que les muestra el horror del que han escapado gracias a la política.

The goal of homeostasis endeavor is to provide a better than neutral life state, what we as thinking and affluent creatures identify as wellness and *well-being*.

The entire collection of homeostatic processes governs life moment by moment in every cell of our bodies. This governance is achieved by means of a simple arrangement: First, something changes in the environment of an individual organism, internally or externally. Second, the changes have the potential to alter the course of the life of the organism (...). Third, the organism detects the change and acts accordingly, in a manner designed to create the most beneficial situation for its own self-preservation and efficient functioning (p.35).

Las emociones son precisamente esos actos que el organismo lleva a cabo para alterar la situación. Como el mismo autor sigue diciendo más adelante:

An emotion-proper such as happiness, sadness, embarrassment, or sympathy, is a complex collection of chemical and neural responses forming a distinctive pattern (...) The immediate result of these responses is a temporary change in the state of the body proper, and in the state of the brain structures that map the body and support thinking (...) The ultimate result of the responses, directly or indirectly, is the placement of the organism in circumstances conducive to survival and well-being (p. 53).

Por supuesto, no es Damasio el único que ha exaltado el aspecto emocional del comportamiento humano. Jonathan Haidt (2012), conocedor de su obra², afirma con claridad que el origen de la moral no es el razonamiento, sino la intuición, que se corresponde en gran medida con la idea de emoción del propio Damasio:

(...) independently reasoned judgement is possible in theory but rare in practice. This simple change converted the model into a Humean model in which intuition (rather than passion) is the main cause of moral judgement, and then reasoning typically follows that judgement to construct post hoc justifications. Reason is the servant of the intuitions.

Yendo algo más lejos por ese mismo camino, el psicólogo experimental Joshua Greene acaba por concluir que la moral es una adaptación biológica que ha permitido sobrevivir al ser humano:

Cooperation evolves, not because it's "nice" but because it confers a survival advantage (...) Cooperation evolves only if individuals who are prone to cooperation outcompete individuals who are not (or who are less so). Thus, if morality is a set of adaptations for cooperation, we today are morally beings only because our morally minded ancestors outcompeted their less morally minded neighbors.

Sirvan estos ejemplos para entender la atención que a los aspectos no racionales y, por lo mismo, más involuntarios, emocionales o intuitivos del comportamiento humano viene aplicándose. Se habrá podido apreciar que, en todos los casos, la conclusión final tiene que ver con la forma en que los seres humanos organizamos nuestra vida colectiva. Nuevamente Damasio:

None of the institutions involved in the governance of social behavior tend to be regarded as a device to regulate life, perhaps because they often fail to do their job properly or because their immediate aims mask the connection to the life process. The ultimate goal of those institutions, however, is precisely the regulation of life in a particular environment. With only slight variations of accent, on the individual or the collective, directly or indirectly, the ultimate goal of these institutions revolves around promoting life and avoiding death and enhancing well-being and reducing suffering. (p.167).

² Afirma que en los años 90 leyó *El error de Descartes* y confirmó que las conclusiones de Damasio "were as anti-platonic as could be (...) Here were people in whom brain damage had essentially shut down communication between the rational soul and the seething passions of the body (...) the result of the separation was not the liberation of passions. It was the shocking revelation that reasoning *requires* the passions." Tan antiplatónico, evidentemente, como antipolítico.

De aquí es fácil acabar extrayendo una conclusión de tipo normativo, ya que según lo afirmado los usos sociales, incluso las normas éticas no son sino la hipóstasis del mecanismo emocional al nivel de la sociedad.

The outcome of applying the rules is the same as the outcome of basic homeostatic devices such as metabolic regulation of appetites: a balance of life to ensure survival and well-being. (pp. 168-9).

Dejando para otro momento el análisis de la terrible inmanencia que acompaña a esta concepción de la vida en sociedad y que elimina de raíz toda posibilidad de relacionar el orden político con un orden trascendente que lo justifique y legitime³, tema éste de por sí suficientemente enjundioso como para merecer un estudio singular, no puede dejar de apreciarse que este punto de partida va más allá de la banalización de la política, que parece quedar convertida simplemente en el remedo imperfecto de mecanismos más refinados y exitosos que tienen lugar en el organismo, sino que la hace superflua e innecesaria. ¿A qué hablar de un poder político que no vaya dirigido a voluntades, que no sea él mismo una voluntad? De otro lado, un cuerpo político no tiene sentido si no se da a sí mismo fines políticos, pero aquí el fin viene dado de antemano: el equilibrio. Un equilibrio que se equipara con la supervivencia a costa de hacer de esta una situación estática, de eterna repetición y automatismo.

Y aún ha de tenerse en cuenta algo más. Aunque ciertamente pudiera aceptarse que el objetivo final de la acción política es una situación de equilibrio que la haría innecesaria, que se tiende a una posición de descanso último en la que el conflicto se ha eliminado, no podría afirmarse en ningún caso que esa situación de equilibrio es éticamente mejor que la dinámica que la precede, puesto que alcanzado ese punto ninguna mejora posterior es posible. Ese equilibrio, que podría admitirse tan solo como construcción irreal para explicar el resultado la acción política, no puede considerarse como condición de esa acción, es decir, legitimación de la misma.

Contrariamente, por tanto, a las conclusiones que se derivan de las afirmaciones iniciales sobre el papel e importancia de las emociones, es necesario insistir en que no tienen cabida en la política. O, por decirlo de manera más precisa, que es negar la política o volverla innecesaria otorgarles el papel que no se puede negar que juegan en otras esferas de la vida. Ya que las emociones, conscientes o inconscientes, congénitas o aprendidas, ofrecen un repertorio de soluciones sólo válidas si se parte de una afirmación absoluta con respecto a la finalidad de la acción vital. Repertorio, además, reducido a respuestas fácilmente predecibles y difícilmente controlables, lo que lo hace limitado.⁴

Conviene no olvidar, por otro lado, que el objetivo de la obra de Damasio, *El error de Descartes*, consistía en desmontar el dualismo. Las patologías observadas por el autor, en la que los pacientes siempre mostraban, asociada a una severa limitación de sus capacidades emotivas, una disfunción de sus capacidades cognitivas y habilidades sociales, le llevan a concluir que queda mostrada como falaz la idea de que existe un yo consciente separado del cuerpo. No hay una especie de sustancia o alma en la que radique la propia identidad. Sin embargo, esta afirmación se hace a costa de suprimir igualmente el libre albedrío, al colocar a las emociones en el origen de la acción consciente.

No puede ignorarse la importancia que para la teoría política tiene esta identidad o idea del yo. Toda teoría política parte de una concreta concepción antropológica, de una interpretación de la naturaleza humana. Lo que Damasio ofrece es una imagen de esa naturaleza que da lugar a una construcción teórica concreta. Y como si de un renacimiento de las teorías benthamitas se tratara,

³ Por cierto, eliminando así el sentido de la actividad del teórico político.

⁴ No importa la extensión de esta limitación. Lo importante es que el conjunto de respuestas emocionales es limitado y no cabe ejercicio creativo sobre las mismas que dé lugar a novedades.

las emociones se han colado en la vida política⁵ dando lugar, en ocasiones, a disparatados experimentos que no dejan de contemplarse como desarrollos innovadores. Así, por ejemplo, han proliferado por doquier políticas que, bajo la denominación de “nudge”, buscan conseguir alteraciones del comportamiento saltando por encima de la consideración racional que el ciudadano pueda hacer sobre sus beneficios. Otros afirman que es necesario que las emociones tengan un papel en la política, aunque no queda muy claro lo extenso de ese papel ni si son todas las emociones o solo algunas las que han de estar presentes.

Inquietaba sobre manera, por ejemplo, a los contractualistas como Grocio, Pufendorf o Locke, dejar claro que existe un yo, o un ámbito del yo que es inviolable por ser propiedad. Las dificultades que presenta la afirmación de *yo me poseo a mí mismo* saltan a la vista en cuanto se pregunta uno por quién es el poseedor y quién la cosa poseída. La misma idea de libertad gira en torno a ello, ya que se entenderá que es libre quien ejerce esa posesión sin que otro, aduciendo mejores derechos de propiedad, venga a impedirla o limitarla e, igualmente importante, si esa posesión no encuentra sus limitaciones en el propio poseedor debido a una merma de sus capacidades por el motivo que sea, al modo en que las ven mermadas las víctimas de la letanía de casos patológicos de que están plagadas las obras de los neurólogos mencionados.

La teoría de las emociones (o del marcador somático) de Damasio pretende desbaratar esa dificultad al negar el dualismo. Ya no es necesario, para afirmar que se es libre, acudir a un artificio como el alma, o el homúnculo de Descartes. Es más, ni siquiera se precisa considerar la existencia de un Dios, como tuvo que hacer Locke, para justificar la propia posesión: las emociones y las respuestas que desencadenan son fruto de la evolución.

El precio a pagar por esta la negación del dualismo a la manera de Damasio es muy caro, puesto que, en definitiva, se niega la necesidad de la política misma al hacer desaparecer el libre albedrío⁶. La teoría de las emociones permite trazar un círculo cerrado entre el yo poseído y el yo poseedor; de lo inconsciente a lo consciente, de lo espontáneo a lo meditado y viceversa, un viaje de ida y vuelta que no tiene ni origen ni fin. El cuerpo envía señales al cerebro que se convierten en emociones que dan lugar a acciones que provocan nuevas señales que generan nuevas emociones que dan lugar a nuevas acciones, etc. Cuerpo y mente fundidos en un única pieza. Es una argumentación perfectamente determinista, ya que no se ve en qué momento del proceso podría verse alterado, innovado o mejorado de manera voluntaria o ajena a la influencia del mismo, ni puede encontrarse el momento en que se pone en marcha. Y no es un problema menor el preguntarse por qué empezamos por encontrarnos en una situación de desequilibrio o de necesidad. La cabal comprensión de este momento primero o inicial se hace necesaria; no puede dispensarse de ella una reflexión con pretensiones normativas. Nada se nos dice de ello, sin embargo. Podría sugerirse que resulta más que evidente que nacemos con necesidades, las primeras de ellas relacionadas con la propia subsistencia y que ello es así por cuestiones biológicas bien fundamentadas. De ello cabría deducir que alcanzamos el estado de equilibrio en repetidas ocasiones, pero que se pierde apenas se ha logrado. Por ejemplo, que satisfacemos nuestra hambre pero que volvemos a experimentarla instantes después. Esto, sin embargo, plantea el problema, al que se volverá en seguida, de por qué una vez alcanzado el equilibrio hemos de seguir actuando para perderlo, convirtiéndolo en un estado más bien efímero.

⁵ Tanto por resultar evidente como por haber sido tratado profusamente, se obvia aquí mencionar el aspecto emotivo de las ideologías totalitarias que asolaron el mundo durante el siglo pasado.

⁶ No tiene libertad quien actúa bajo los efectos del vino como no la tenían las ménades bajo el dominio de Dioniso. Apréciase que se afirma que este dios trajo la felicidad a los hombres al darles la posibilidad de dejar de serlo y comportarse como las bestias. Es muy pesada la carga de la libertad, así que parece que se es feliz si puede dejarse a un lado del camino. Junto a ella, por supuesto, se abandona la política.

Ocurre en esto algo muy similar a otras teorías deterministas, como la de René Girard sobre el deseo mimético. Para este autor, deseamos aquello que otros desean y porque lo desean⁷. Este mimetismo, no controlado, acaba por dar lugar a un conflicto social que sólo se resuelve trágicamente a través del sacrificio de un chivo expiatorio. Evidentemente, la teoría de Girard es mucho más compleja y, por lo mismo, muy reveladora. Sin embargo, nada nos aclara el autor sobre el deseo originario o primario. Es evidente que alguien ha de desear en primer lugar aquello que se encuentra no siendo deseado por ningún otro. Este no es un deseo mimético y, sin embargo, es fundamental ya que da comienzo a la escalada de deseos miméticos. Está claro que esa primera cosa deseada ha de serlo por tener en sí misma un valor para alguien, independientemente de que los demás se lo reconozcan también.

A falta de aclarar el origen de ese desequilibrio, todo ser humano puede verse como alguien que se levanta por la mañana y procura, por los medios que tenga en cada momento a su disposición, alcanzar un estado homeostático del que carece y que nunca logrará, guiado hacia el mismo por sus emociones. Al acostarse habrá alcanzado, si los resultados de sus acciones le han sido favorables, el máximo grado de homeostasis posible. Es más, haría bien en irse a acostar en cuanto lo hubiera alcanzado, ya que toda acción posterior sólo empeoraría su situación.

Para Damasio esa homeostasis⁸ es indudablemente real. Como se ha dicho, no se trata de una construcción teórica cuyo único valor resida en explicar el comportamiento de las personas: se trata de una situación concreta del organismo. Es más, es su situación ideal. Esto supone un problema, ya que, una vez alcanzada, una vez que el sujeto que actúa ha logrado suprimir su malestar, o bien no cabe acción ulterior, es decir, el sujeto se mostraría perfectamente indiferente o carente de emociones, o bien serían estas unas acciones de tipo mecánico, similares a las de un termostato que mantiene la temperatura de una estancia (y que, desde luego, no necesitarían de ninguna intervención consciente).

Apréciase que ambas cosas suponen problemas insolubles para la teoría. En el primero de los casos, diríase que es el estado ideal del ser humano aquél en que no muestra emoción alguna, ya que sería señal de haber alcanzado un estado de homeostasis perfecta⁹. No obstante, y como no se cansan de ejemplificar las obras de neurología, todos los casos en que alguien muestra deficiencias emocionales no dejan de ser considerados como patológicos. En el segundo caso, es necesario que tal homeostasis o equilibrio perfecto del organismo no exista, por el mismo motivo

⁷ “El hombre es una criatura que ha perdido parte de su instinto animal a cambio de tener eso que se llama deseo. Saciadas sus necesidades naturales, los hombres desean intensamente, pero sin saber con certeza qué, pues carecen de un instinto que los guíe. No tienen deseo propio. Lo propio del deseo es que no sea propio. Para desear verdaderamente, tenemos que recurrir a los hombres que nos rodean, tenemos que recibir prestados sus deseos.” (*Veo a Satán caer como el relámpago*, p. 33).

⁸ Cabría incluso dudar de que las emociones tengan la finalidad de restauración del equilibrio del organismo que les supone Damasio. En las Sagas de Islandia se cuenta que Egil, gran guerreero y poeta, salió lleno de ira a matar a su gran amigo, Einar, también gran guerreero y poeta, porque éste le había obsequiado con un fabuloso escudo que había ganado en una competición poética en Noruega. La humillación que sintió Egil por el regalo le llevó a buscar el combate con su amigo, pero no se ve cómo esa emoción que le hace poner en peligro su vida cumple con el criterio homeostático, sino es que se acepta que el equilibrio o bienestar no está dado de antemano y es atemporal. De modo similar puede interpretarse la afirmación que Thomas Hobbes hace en su *Leviathan*: “”.

⁹ La ausencia de emociones ha sido relacionada en ocasiones con la felicidad incluso a nivel popular. No hace falta acudir a los estoicos para ver manifestaciones concretas de esta idea: desde el popular refrán “ojos que no ven, corazón que no siente”, al conocido personaje de ficción venido de otro planeta, señor Spok de la serie de ficción televisiva Star Trek, cuya raza ha logrado dominar las emociones.

que no podría un termostato ajustarse con exactitud a la temperatura deseada, sino que es la diferencia entre un mínimo y un máximo (que puede ser todo lo pequeña que se desee, pero que ha de existir) la que le permite funcionar; en caso contrario el termostato deja de funcionar.

Radican estas dificultades en la ausencia de una correcta apreciación del tiempo. Es posible que no precise la neurobiología preocuparse por definir el tiempo de forma correcta cuando de lo que se trata es de identificar patologías y ayudar a encontrar la forma de sanarlas o paliar sus efectos perversos. Pero si se emplea como fundamento de una concepción concreta de la naturaleza humana que sirve, a su vez, de base para una teoría política, tal deficiencia es inexcusable. Las acciones de los hombres se producen en el tiempo, tienen lugar en un tiempo determinado y surten efectos tras un tiempo, aunque sea tan breve que pueda considerarse casi irrelevante. Ese transcurrir temporal es lo que hace que las conductas de los hombres sean imprevisibles ya que en el curso del mismo pueden alterar su comportamiento y las circunstancias en las que este se produce. Esa imprevisibilidad es la libertad con la que los seres humanos actúan. Y la política es la acción de los hombres libres. Donde no hay acción no existe política, y donde solo hay automatismo se hace superflua e innecesaria.

Considérese el siguiente experimento mental. Imagine por un momento que es el Pelasgo, rey de Argos, ante quienes las hijas de Dánao vienen a suplicar asilo, huyendo de los egipcios que desean desposarlas en contra de su voluntad.¹⁰ Dos son las opciones que tiene frente a sí: devolverlas a los egipcios que vienen tras ellas, cumpliendo la ley egipcia, o bien darles asilo y aprestarse a entrar en guerra con ellos, asumiendo las pérdidas en vidas y riqueza que ello puede suponer. La tragedia está servida, hay una evidente situación de desequilibrio. La emoción experimentada ante la perspectiva de un matrimonio no deseado ha llevado a las suplicantes a pedir asilo a Argos y, emoción contagiosa, usted, como Pelasgo, se encuentra en una situación inesperada de desequilibrio. Sus emociones ante la situación le sugerirán la respuesta. Por simplificar podemos decir que, si lo que siente es miedo, y si de supervivencia se trata, devolverá a las suplicantes a los egipcios, si lo que siente es compasión, arrostrará los peligros de la guerra.¹¹

Sea cual sea la decisión que se tome, a favor del *nomos* (la devolución) o a favor de la *dike* (el asilo y la guerra) no hay posibilidad de restaurar ningún equilibrio. La situación de Argos jamás podrá ser la misma porque no puede borrarse la petición de asilo de las mujeres de la historia. Es una realidad histórica y temporal, es un acontecimiento que permite a quien lo vive experimentar el transcurrir del tiempo, que da sentido a ese transcurso. Se alcanzará, si se quiere llamar así, un equilibrio nuevo porque el paso del tiempo ha mutado las circunstancias. Sobre la bondad mayor del resultado que se escoja nada pueden decir las emociones. Para dirimir el duelo que entre el miedo y la compasión se produce no se puede acudir a una tercera emoción. En la obra de Esquilo, Pelasgo no puede imponer lo que su emoción le dicta, ha de acudir a la asamblea a convencer al resto de ciudadanos y no podrá hacerlo mostrando emociones, sino a través de la razón y, por eso mismo, la decisión final es una decisión política. “Un voto unánime del pueblo argivo lo ha decidido sin apelación: nunca entregaré por la violencia a un grupo de mujeres”, dice Pelasgo, y añade: “No se trata de palabras conservadas en tablillas, ni selladas en los pliegues de un papiro: oyes con claridad el lenguaje de una boca libre.” Libre incluso de sus inclinaciones emocionales, libre porque la política la hacen hombres libres.

¹⁰ Es la trama de *Las Suplicantes*, de Esquilo.

¹¹ Y no se olvide, aunque aquí no haya lugar para desarrollar este aspecto, que tanto en un caso como en el otro puede sentir después una nueva emoción, la de culpabilidad, bien por entregar a las mujeres a un ominoso destino, bien por imponer este a la ciudad que le confía su gobierno.

Referencias

- Damasio, A. (2003), *Loking for Spinoza*. Harcourt.
- Girard, R. (2002), *Veo a Satán caer como el relámpago*. Anagrama.
- Green, J. (2013), *The Moral Tribes*. Penguin.
- Haidt, J. (2012), *The Righteous Mind*. Penguin.